

Mateo 6:26-30, No se afanen, miren las aves y las flores

Introducción: iniciamos la primera parte de esta subsección mencionando la enseñanza general en contra del afán y la ansiedad, considerando que Cristo nos dice: “No se afanen por nada”. Ahora nos da los argumentos, lo que en los versos 26-30 podemos considerar como: “no se afanen, miren las aves y las flores. Ellas no se afanan como ustedes, pero al igual que ustedes gozan del sostén de Dios, pero ustedes debe afanarse aún menos, porque a diferencia de las aves y las flores, ustedes son sus hijos. No sean incrédulos sino creyentes, no deshonren a Dios sino hónrenlos en su vida, con la manera como ven la vida, como la viven cada día. Piensen en lo que realmente es importante, vean aún en las cosas más pequeñas de la naturaleza, cómo Dios manifiesta su grandeza, su cuidado por su creación, su providencia. Así entonces debemos considerar en esta oportunidad los argumentos mencionados en la siguiente forma.

I. No se afanen, miren las aves

El Señor nos llama la atención para que consideremos las cosas simples de la vida pero que muestran el cuidado amoroso en la providencia de Dios para con su creación, que por ser precisamente creación de Dios es objeto de su amor y sostén, porque ella misma da testimonio de su existencia y sirve a su gloria, todo lo ha hecho Dios para dar a conocer su grandeza, el peso de su majestad y maravilla. En toda la creación vemos la gloria de Dios (Sal. 19), en toda la creación vemos su providencia (Sal. 104), pero hay un hecho que pasamos desapercibido, pero que nos habla del tierno y amoroso cuidado de nuestro Dios, y es el cuidado de las aves. El Señor nos dice: *“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta”*. Comencemos por la última frase,

A. Vuestro Padre las alimenta

Vuestro Padre celestial tiene cuidado de las aves para alimentarlas, a pesar que ellas no realizan las labores que ustedes sí les corresponde realizar. Hermanos, Dios cuida de toda su creación, pero se relaciona diferente con el hombre que con el resto de la creación. Para Dios no es igual el hombre y lo animales, lo veremos enseguida. Pero al hombre ha provisto como medio de su sustento, sembrar, recoger y almacenar, aunque sea duro por causa del pecado, Gn. 3:19. Es decir, el hombre debe trabajar, y recordemos la sentencia bíblica, *“si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”*. Pero las aves son sostenidas de manera diferente al ser humano, por medio de la providencia general de Dios, que dispone el alimento a las aves en los árboles y flores, la tierra, el ecosistema donde viven. Todo esto hace parte del cuidado de Dios por los pájaros, o como dice nuestro texto, las aves del cielo. ¿Qué podemos deducir de ello?, ¿qué nos habla este hecho del cuidado de Dios?, ¿no deberíamos considerar que, si Dios cuida de las aves, acaso no puede cuidar también de nosotros?, Cristo nos dice, vuestro Padre las alimenta, así que a

B. A ustedes también los alimentará

Porque ustedes son sus hijos. Es inconcebible que un Padre cuide de las aves y desatienda a sus hijos. Pero ¿quiénes son los hijos de Dios?, Jn. 1:12-13, solamente los que creen en Cristo, los que siguen a Cristo. Y si estamos hoy aquí reunidos en torno a Cristo para adorarlo, para escuchar su Palabra, es porque hemos creído que él es nuestro salvador, nuestro gran rey y sustentador. Entonces somos llamados, así como aquellos sentados en la montaña escuchando a Cristo hace 2000 años, a considerar que, si Dios alimenta a las aves, a nosotros también nos alimentará. Y aunque a diferencia de las aves, tenemos que trabajar, es Dios quien bendice nuestro trabajo, quien da



crecimiento a la semilla sembrada, quien hace producir fruto, quien bendice su cosecha y nos permite gozar de ella. Dios hará mucho más por nosotros, no por el mero hecho de ser creación suya, sino porque a diferencia de los animales, nosotros somos sus hijos en Cristo. Tenemos una relación diferente, una relación filial gracias a aquel que se hizo hombre, y dio verdadera dignidad y grandeza al ser humano, al traerlo a esa relación con Dios. No hay verdadera grandeza y dignidad para la raza humana fuera de la relación con Dios como Padre por medio de su Hijo Jesucristo (Sal.8). De modo que la preocupación y ansiedad por nuestra existencia debe dar paso a la confianza en el hecho que somos hijos de Dios, objeto de su especial cuidado y amor, y en este sentido el Señor nos da un argumento más para no afanarnos,

C. Nadie puede alargar su existencia

“¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?” nos dice el Señor. Creo que no solo debemos pensar que es imposible aumentar nuestra estatura 45 centímetros, sino más bien, que es imposible alargar nuestra existencia un instante más del determinado por Dios. Un médico puede tratar a dos pacientes con la misma enfermedad, uno se alivia y sigue viviendo un tiempo, otro empeora y muere, ¿a qué se debe?. Una persona con mucho dinero puede comprar muchas cosas, bienes y comida, pero no siempre puede disfrutarlas, ni pueden estas cosas alargar su vida. No tiene sentido afanarse y angustiarse por nuestra existencia porque no podemos hacer nada para mantener nuestra vida, somos frágiles y un día moriremos, por tanto, debemos aprender a vivir al amparo de nuestro Dios, esperando por completo en su salvación solamente, Sal. 90:1-12. Estamos en sus manos, él cuida nuestra vida, él nos sostiene, y si nos dio lo más grande que es la vida, ¿cómo no podrá cuidar de las cosas más pequeñas de nuestra existencia aquí y ahora y por la eternidad?, Rom. 8:32-36.

II. No se afanen, miren las flores

En segundo lugar, el Señor continúa diciendo: *“Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”*. No se afanen, miren las flores,

A. Vuestro Padre las viste

La naturaleza no existe por casualidad (Gn. 1:1, Jn. 1:1-3), no fue dejada sola, es obra de Dios y es sostenida por Dios, a pesar incluso de la maldición del pecado del hombre sobre ella. La majestad de Salomón era proverbial entre los judíos, su fama fue tan grande en su tiempo que de tierras muy lejanas fueron a ver su esplendor y gloria, veamos un momento 1 Reyes 10:4-7. Pero a pesar de su todo su esplendor, el Señor dice que las flores sin necesidad de hilar, de confeccionar y diseñar vestimenta especial, tienen una apariencia mucho más majestuosa que la proverbial excelencia de las vestiduras y ornamentos que pudiera haber tenido el rey Salomón. Considere la belleza de las flores, su combinación de colores, sus aromas, y vea en ellas la grandeza de Dios, y el cuidado de Dios por su creación. Dios hizo esto con las flores que crecen entre la maleza, que termina marchitándose con el sol, y que aún junto con la hierba y maleza han sido utilizadas por el ser humano como combustible, usadas para cocinar el pan para el sustento del hombre. El argumento de Cristo es este, miren las flores, vuestro Padre las viste,



B. A ustedes también los vestirá

Si las flores que son tan frágiles y apenas se les corta comienzan a morir Dios las viste, ¿no podrá también vestir a sus hijos?, ¿no hará cosas mucho más grandes a favor de sus hijos?, ¿aunque pasen por el desierto?, Dt. 8:2-4. Mira los hechos, las flores son vestidas magníficamente por Dios, la conclusión lógica es, Dios también te sustentará y proveerá lo necesario para tu vida, y la vida de todos sus hijos aquí y ahora. Las flores son efímeras, pero Dios las cuida, nosotros somos inmortales, nuestra vida continúa después de la muerte, y sólo Dios nos puede cuidar y sostener durante toda nuestra existencia (Sal. 48:14, 1 Cor. 15:53-54). Hermanos, Cristo nos dice: *“no se afanen”*, miren las flores, vuestro Padre celestial las viste, a ustedes también los vestirá. Pero ¿por qué no lo creen?, ¿por qué andan ansiosos, angustiados, de mal genio, corriendo en el mismo sentido del mundo que no conoce a Dios?, ¿dónde está su fe?

III. No sean de poca fe

El Señor nos dice, no sean de poca fe. El afán y la ansiedad en el cristiano es muestra de su poca fe en Dios como su Padre celestial, falta de convicción en lo que Dios es y lo que Dios hace, en su amor por sus hijos. Recuerdan el episodio de los apóstoles en la barca asustados por la tormenta mientras el Señor dormía, y lo despiertan aterrorizado diciéndole: *“Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”*, entonces el Señor se levanta, hace cesar el viento y la tempestad, pero les dice: *“¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”*, (Mr. 4:38-41), iban con su Salvador que acaba de hacer cosas maravillosas, pero se llenaron de terror ante la tempestad, ¿pero acaso no nos ha sucedido que nos llenamos de terror ante las deudas que debemos pagar, ante las necesidades familiares, ante nuestras enfermedades, ante nuestro futuro?. El Señor reprende a sus hijos por su poca fe, y les recuerda que

A. Su salvación es integral, abarca todo su ser

Muchos saben que Cristo murió por ellos en la cruz para perdonar sus pecados y darles vida eterna, así el día que mueran, o cuando Cristo venga, irán al cielo con Dios pues ya son limpios de todo pecado y gozan de comunión con Dios por medio de Jesucristo solamente, eso se llama fe salvadora. Pero la vida cristiana toda, desde que nacemos en la familia del pacto, ya sea desde el vientre o unidos por la fe siendo adultos, de principio a fin es una vida de fe. No solo debo creer en un momento en Cristo como salvador, sino todos los días de mi existencia como mi Rey y Señor, como aquel que me guarda y sustenta. Pero fallamos en entender que esta salvación se extiende a todas las esferas de nuestra vida, incluso a los detalles más pequeños, Mt. 10:29-31, por eso

B. No crean en parte, sino todo lo que Dios dice

A veces decimos, bueno yo creo que Cristo me salvó y que por su gracia voy al cielo. Pero me desespero ante las pruebas y situaciones adversas de la vida, y se me olvida que aquel que me salvó, es el mismo que prometió no dejarme ni desampararme, veamos unas promesas, Heb. 13:5, Is. 43:1-3. Crean todo lo que Dios dice, recuerden todas las promesas del Señor y no solo una parte. Dios castiga y disciplina al que toma por hijo, debemos recordarlo. Pero Dios siempre cuida y sustenta a sus hijos, eso tampoco debemos olvidarlo. Es en las promesas de Dios en lo que debemos pensar en lugar de dejarnos abrumar por las dificultades y ansiedades de un mundo que corre desenfrenado sin Dios. No podemos dejarnos dominar de las cosas que nos provocan a la ansiedad y el afán, no podemos fracasar en creer totalmente todo lo que Dios nos dice. Recordemos que él no es hombre para mentir ni hijo de hombre para que se arrepienta. Ese Dios que nos salvó, está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt. 28:20), y nos llama a crecer en la fe constantemente, a

considerar las implicaciones de tan grande salvación que hemos recibido, Ef. 1:18-19. ¿Entendemos a qué nos ha llamado el Señor?, ¿por qué entonces estamos afanados?. El Señor aún nos dice con todo esto:

C. No duden del amor de Dios para con ustedes

“Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”, ¿dudan acaso del amor de Dios, y de su buena voluntad para con ustedes como sus hijos?, Jer. 29:11. Rom. 5:10. Dios no cambia, sus propósitos son eternos, y dentro de sus propósitos o propósito eterno si lo queremos llamar así como un todo, está la vida de sus hijos, la tuya y la mía. Está el manifestar su gran amor para con nosotros en Cristo Jesús, Rom. 5:8, 1 Jn. 4:6. Escuchen a Dios, escuchen de su amor y confíen en él, entonces nada les podrá causar angustia, aunque haya dolor o enfermedad, aunque haya necesidades, el Padre amoroso está con nosotros. El creador de todo el universo es el que se preocupa por ti personalmente, y de su pueblo como comunidad del pacto, pues los ha hecho sus hijos.

Conclusión: ¡Cuántas promesas maravillosas tiene el pueblo cristiano, pero cuán poco las creemos y descansamos en ellas! Cuántas angustias y afanes vivimos de balde por no pensar en lo que Dios ha dicho, por no descansar en su fidelidad y pensar simplemente en que necesitamos esto o aquello, y no considerar que él tiene lo mejor para nosotros. Somos muchas veces esos hombres de poca fe, al dudar de la Palabra de Dios, al no pensar en sus dichos, al angustiarnos por la comida y la bebida, por el vestido y todas aquellas cosas temporales que hemos estimado indispensables o muy importantes para nuestra vida. Pero al ser hombres de poca fe, deshonoramos al Señor al no dar crédito a sus palabras. Pidamos perdón a nuestro Dios por la incredulidad que nos lleva a la angustia y el afán, y roguemos al Señor afirme nuestra fe, que nos haga crecer en ella para que de esta manera podamos honrar su nombre, mostrando con nuestras actitudes y pensamientos que él es digno de confiar, y que por ello otros también lleguen a confiar en Dios como su Padre Celestial. Oremos.